

HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA, DIALÓGICA DE LO FENOMÉNICO

*Ricardo Gil Otaiza**

Resumen

Entre la historia y la historiografía se abre una brecha epistémica imposible de soslayar, a la hora de acometer el proceso de investigación: sus alcances y sus consecuencias. Ambos constructos establecen así una dialógica que permite sopesar en toda su dimensión ontológica lo acontecido y lo contado, lo real y lo fabulado, lo fenoménico y lo metodológico, como parte y como todo de un mismo proceso. En este sentido, hallamos en la historia y la historiografía puntos de convergencia, siendo el principal de ellos la experiencia. En las páginas que siguen se reflexiona sobre la historia como fenómeno y la historiografía como método, y su incidencia en la comprensión de la verdad de los hechos como aspiración intelectual y científica, así

* Mérida (1961). Farmacéutico, Profesor Titular de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis, Magíster en Educación Superior mención Docencia Universitaria, Magíster en Gerencia Empresarial, Doctor en Educación mención Andragogía, Doctor en Ciencias de la Educación, Postdoctorado en Gerencia en las Organizaciones, investigador activo en las áreas de Etnobotánica, Etnomedicina, Pensamiento Complejo, Historia, Andragogía, Educación Superior, Literatura y Gerencia, acreditado en el PEII ONCTI Nivel B, escritor con 30 libros publicados, columnista del diario Frontera de Mérida y El Universal de Caracas, Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida en el área de las Ciencias Físicas, Matemáticas, Naturales, Químicas, de Salud y Tecnología, biógrafo de Tulio Febres Cordero, ex Decano de su facultad, Editor Honorario de la Revista de la Facultad de Farmacia. Coordinador del Programa de Estudio Postdoctoral Gerencia para el Desarrollo Humano de la ULA.

Aceptación: Mayo 2014 / Revisión: julio 2014 / Finalización: Octubre 2014.

como para el reencuentro entre lo Real-Vivido y lo Real-Recreado en el complejo entramado cultural y civilizatorio de nuestros días.

Palabras clave: Historia – Historiografía – Dialógica de lo fenoménico – Experiencia – Método.

Abstract

Between history and historiography appears an epistemic gap impossible to obviate, specifically when we try to approach to the research process: its scopes and consequences. Between them- history and historiography- there is a dialogic relation which allows considering in its entire ontological dimension what happened and what was said, the reality and the fantasy, and the phenomenal and the methodological aspects, as a part and as a whole process. In this way, we find that between history and historiography there are some convergence points, being the experience one of them. On the following pages we reflect about history as a phenomenon and historiography as a method and its influence in the comprehension of the real facts as an intellectual and scientific aspiration, as well we reflect about the meeting between the lived-reality and the recreated-reality in this cultural and civilizational complex network of our days.

Keywords: History – Historiography – Dialogic of the phenoménic – Experience – Method.



Introducción

La historia y la historiografía se mecen en un continuo batallar de verdades y mentiras, de hechos y de supuestos, de realidades y de

fábulas; no obstante, en su devenir signado por el peso del tiempo y por la fuerza de las circunstancias, van en su isócrono oscilar estructurando la memoria civilizatoria, que imprime a todo este intrincado proceso amalgamador, tintes de perennidad. Empero, esto no quiere decir de modo alguno que en su trayectoria elipsoidal incorporen el “todo” a su paso e interrelacionen de manera adecuada aquello que forma parte de una noción de permanente avance y completud. Caen a menudo en el error metódico, en el yerro contumaz, que muchas veces dirime lo real y lo inverosímil, de allí su impronta y su peso a la hora de contar a quienes miran el pasado, lo visto por real y lo recreado por imaginado.

Si la historia es “un pensamiento que interroga el misterio del mundo”¹, la historiografía por complementariedad es la página en la que ese “misterio” es interrogado y eternizado. Ambos establecen así una diálogica cuyo centro es la denominada “experiencia”², que jamás deberá ser supeditada en aras del “método”³, porque esto implicaría una distorsión de la visión de lo complejo que encierra dicho proceso. Si la historia es lo vivido, sufrido, disfrutado y llorado por el ser humano a lo largo de su incierto periplo planetario, la historiografía se erige entonces en un “camino”⁴ que busca las necesarias confluencias que posibiliten el reencuentro entre lo Real-Vivido y lo Real-Recreado, de allí su importancia.

Entre ambos extremos se nos abre a menudo un hiato, una brecha imposible de soslayar, sobre todo cuando sopesamos en su justa dimensión *epistémica* sus alcances y consecuencias. Lo acaecido y lo contado son entonces dos fenómenos de naturaleza distinta, muchas veces contrapuesta, en cuyo abrazo (o desencuentro) hallamos los ramalazos de imágenes que jamás podrán ser especulares aunque nos empeñemos en ello. Lo historiográfico es por definición un retrato “a posteriori”, pero este preciso detalle metódico posibilita fisuras imperceptibles para el ojo del común, por donde se nos escapan múltiples verdades (necesarias verdades), debido a la imposibilidad de ser fidedignos a la hora de contar lo vivido, o lo leído, o lo hallado, sin que se nos vaya lo recreado-imaginado, y también lo supuesto. Recomponer la historia y sus jirones es lo que muchos llaman

historiografía, pero lo que ignoran —tal vez— es conferirle a esos “pedazos” de realidad la necesaria completud e integralidad, sin los cuales nada sería verosímil y, por ende, cierto.

1. DIALÓGICA DE LO FENOMÉNICO

La historiografía y la literatura hallan en este contexto filosófico y epistemológico interesantes puntos de confluencia. Muchos historiadores caen en el género literario y son sorprendidos en una interfase en cuyos sutiles intersticios se genera una obra, que por real no puede ser —paradójicamente— verificable. Realidad y ficción funden sus senderos a menudo y en ese espacio que se abre ante el investigador y el novelista crece la incertidumbre. En el primero, una incertidumbre atávica de quien se halla en un terreno difícil de elucidar sin la tentación de caer en el desvarío; en el segundo, la certeza de una realidad que por “real” es imposible de recrear sin la tentación de pretender escribir historia. Para el primero es fundamental el cotejo “realidad-ficción” y así poder sacar sus propias conclusiones; para el segundo, tal dilucidación es innecesaria, puesto que no necesita ser fiel a lo real. “Es su intrínseco poder de persuasión, no su interés documental, lo que determina el valor artístico de una ficción”⁵. El historiador pretende contar “la historia”, mientras que el novelista pretende contar “una historia”. He allí la clave de ambas circunstancias divergentes, transigimos, pero profundamente hermanadas en el tiempo.

La historiografía no debe mentir y la narrativa está obligada a ello, de allí la existencia de la crónica, que busca puntos de encuentro entre el ayer y el presente, sin la rigurosidad de la fuente primaria ni del método. No obstante, la historiografía como método entra muchas veces en el terreno de lo histórico, con determinismos, con prejuicios, con falsas premisas, olvidándose con frecuencia de la vieja conseja que nos recuerda que la historiografía debe propender a la ciencia mientras que la narrativa al mero arte. Una y otra cuentan hechos y circunstancias y se pasean de la mano de “tiempos” y de personajes,

sólo que el historiador anhela contar *stricto sensu* lo hallado, mientras que el escritor aspira al deleite y al disfrute estético de lo narrado. Si la historiografía miente o falsea la fuente cae en el terreno de la obra literaria y pierde la rigurosidad científica; mientras que la narrativa al mentir expresa su propia y necesaria verdad.

En esa dialógica de la que hablaríamos al comienzo, entre la historia y la historiografía, es posible dilucidar puntos de convergencia, siendo el principal de ellos la experiencia. La historiografía está obligada a echar mano del método científico a los fines de intentar (por lo menos) explicar-se desde lo fenoménico; es decir, como expresión de ese algo “real” que está frente a nuestros ojos y tenemos que entender para luego contar. La historiografía en todo caso es una manera científica de describir una verdad anidada en hechos vividos de manera personal (o por otros), o trasvasados a soportes que buscan la permanencia en el tiempo de lo acaecido. En ese “salto” cualitativo dado desde lo disjunto (representado por episodios fragmentados de un mismo hecho histórico), a la conjunción de las partes en ese todo llamado “investigación historiográfica”, subyace un punto crucial en el que muchas veces se pierde el carácter objetivo de lo hallado, y se pasa a lo conjetural como respuesta a nuestra propia experiencia de vida.

En otras palabras: se salta de lo real-vivido a lo artificioso, impregnándose lo “hallado” de una subjetividad tan evidente, que se hace imposible de sortear en una suerte de mixtura, transformándose en aquello que la teoría literaria califica como “objetual” o como mero “artefacto”⁶ (un objeto artístico). Lo factual, o histórico documental, pasa así a un segundo plano (se relativiza), hasta bordear los límites de lo inverosímil, diluyéndose así la intencionalidad del método. Hemos supeditado el fenómeno a lo historiográfico, de tal forma de confundir en nuestro empeño los medios con los fines. El fenómeno es consecuencia de la vida, es el referente de lo fáctico, y lo historiográfico es estrictamente metodológico, o una consecuencia de nuestro anhelo atávico por conocer los hechos que nos han antecedido como humanos.

Historia e historiografía, fenómeno y método se hallan en una suerte de movimiento pendular, que muchas veces impide de manera no tan lógica sortear las vicisitudes de un encuentro, en el que se deberán reconocer como parte y todo de un mismo proceso. Esa ambivalencia propia del existir que se da entre lo acontecido y lo contado, entre la verdad y la mentira, entre lo fenoménico y lo meramente metodológico, es pues, equivalente a una dinámica gravitatoria que anhela conocer la verdad de los hechos y que todo esté conteste con nuestras propias exigencias intelectuales y científicas. Desde lo alto visualizamos el fenómeno e intentamos comprenderlo desde nuestros propios referentes actuales, olvidándonos a menudo de que cada hecho está forjado en su propio espacio, en su propia dinámica de lo real, hasta convertirse en mera verdad que aspiramos sea “incontrovertible” e irrefutable.

El historiador suele a menudo ser presa de la fantasía de la “verdad” y el lector de su producción se hace cómplice de su aventura. Las fuentes otorgan a la historiografía su carácter de lo real, pero esas fuentes a menudo son fragmentarias, desvinculadas unas de otras, desarraigadas de sus contextos, y se convierten en trozos de pequeñas verdades que pretenden dar respuesta a todas nuestras interrogantes, y erigirse por lo tanto en la verdad de los hechos. Si como lo planteaba Pascal: “... considero imposible conocer las partes sin conocer el todo y conocer el todo sin conocer particularmente las partes”⁷ estamos ante una clara interrogante: ¿muestra la historiografía parte de una “realidad vivida” en el pasado (una verdad), o sus hallazgos son meros atisbos de posibles hechos incomprensidos aún por lo disjunto de las fuentes que nos pretenden contar la historia?

2. PATOLOGÍA DEL SABER

Como podemos observar, resulta compleja la situación, porque como parte de la ciencia, la historiografía busca desentrañar de las fuentes la verdad de un pasado para comprenderlo, y comprender así el momento presente, y, ¿cómo hacerlo sin tener una visión de conjunto

que le dé completud al fenómeno estudiado? Y peor aún: ¿cómo tener una visión de conjunto de un fenómeno sin los artificios propios de la subjetividad, la intuición, la experiencia y el método? Una verdadera noria.

Entran el historiador y el lector de lo historiográfico en la denominada “patología del saber”⁸, ya que el parcelamiento de los saberes, o la visión atomizada de lo fenoménico, impide desde lo complejo el denominado “conocimiento del conocimiento”, como posibilidad real del conocimiento de nosotros mismos y del mundo⁹. La fragmentación que posibilita el método de manera deliberada para la comprensión de los fenómenos, nos bloquea el poder atisbar más allá de lo hallado, para circunscribirnos a un “ahora” inaudito y autárquico en el hecho histórico, y en su ciencia. La no-interrelación de los saberes, la no-articulación de lo encontrado con el método, nos produce una ceguera epistémica sólo comparable con la ignorancia. Si bien el método debe propender a la integración de lo aislado como una manera de dar coherencia y organicidad al fenómeno, el pensamiento complejo buscar incorporar la parte en el todo y el todo en la parte, para configurar redes interconectadas que, según algún autores, conforman la trama de la vida y sus referentes biológicos y sociales¹⁰.

En todo caso, el problema aquí planteado es de percepción, porque mientras hemos intentado durante años comprender el presente mediante fragmentos dispersos de fenómenos del pasado, con el uso (a veces dudoso) del método historiográfico, hemos obviado que se requiere con urgencia recomponer la trama de la vida captada desde los hechos y las fuentes, con una visión que irrumpa en nuestra conciencia derrumbando de esta manera los mapas mentales y los viejos paradigmas, que buscan la segmentación en lugar de la conjunción, la simplicidad en lugar de la complejidad, la unicidad en lugar de la multidimensionalidad, y sustituirlos por nuevas visiones que propendan a dar completud a todo aquello que se encuentra desvinculado de su entorno.

Como en toda ciencia, la historiografía requiere de una nueva noción que vaya a lo sistémico, que perciba a los fenómenos vinculados en sus partes constitutivas y en su todo, “lo que significa que están interconectados y son interdependientes”¹¹, y sin que ello incida a favor o en contra de la verdad que encierran. La percepción de la historia y del hecho historiográfico está desfasada del mundo y de su devenir, todo lo cual ha derivado en una especie de gran festín, en el que el método se ha convertido en patente de corso que nos permite recomponer a nuestro antojo todo aquello que cae en nuestras manos, erigiéndonos así en demiurgos de lo fenoménico y de la vida misma, sin que medien la integridad epistémica, la idea de conjunto y el ritmo acompasado de las voces del ayer, que pugnan por hacerse escuchar desde sus propias palabras.

3. EL LECTOR Y LA HISTORIA

El lector de lo historiográfico, en cuanto receptor de los hallazgos inteligibles a sus sentidos e intelecto no es en absoluto un ente pasivo desvinculado de dicha trama. Él es parte consubstancial del hecho historiográfico, en cuanto que valida por la vía de la lectura, no las consecuencias próximas de la investigación (y todas sus connotaciones para su pasado y su presente), sino su intención del rescate de lo vivido por generaciones anteriores. En esa validación analiza y entiende, explica y aplica (en una especie de hermenéutica interactiva entre el texto y su persona) todo aquello que ingresa a su interioridad por la vía de la palabra impresa, para así fijar posición y sentirse conteste —o no— con lo leído. Podríamos argumentar acá que los lectores de textos historiográficos son también “lectores puros; para ellos la lectura no es sólo una práctica, sino una forma de vida”¹².

Los lectores suelen conjuntar la noción de lo real y lo ficcional hasta hacer de ellos un todo compacto, indisoluble e integrado. El buen lector “desarma la clásica oposición binaria entre ilusión y realidad”¹³. Sin embargo, ese sentido de lo real-ficcional —ya tratado en estas páginas— es prácticamente inexistente entre quienes se acercan a

los textos historiográficos, al entrar en juego la variable “método científico”, que irrumpe en sus conciencias como un látigo para recordarles la imposibilidad (¿cierta?) de la presencia de la mentira propia del texto literario.

La fragmentación fenoménica observada en la investigación historiográfica, contribuye de algún modo a alejar al lector de la certeza de lo inverosímil, al concentrarse en un fenómeno descontextualizado de sus interrelaciones y así mostrárnoslo (aparentemente) “impoluto”, “limpio”, si se quiere: descontaminado de todo aquello que lo hace más “humano”. Empero, la visión cartesiana del hecho científico es una de las grandes tareas que tenemos por delante los investigadores, de manera particular cuando se trata de hilvanar en un “todo” aquello que luce desmembrado a la luz de la compleja relación que deberá existir entre la experiencia y el método¹⁴.

La historiografía como hecho complejo en su esencia metódica, tendrá que deslastrarse (por fuerza de las circunstancias planetarias actuales) de todo aquello que lo aleje de lo humano como noción de civilidad. El lector contemporáneo es si se quiere displicente, y usa lo que lee para sus propios fines¹⁵, pero va más allá del texto: busca, indaga, coteja y saca sus propias conclusiones. Busca entender y llevar lo conocido a su propia realidad. El lector busca dejarse seducir por el texto, hallar en los personajes una humanidad, que lo acerque a su propia condición de persona de carne y huesos, conectada con un infinito, que anhela entender el pasado como una manera de entender su realidad presente.

4. ¿HACIA DÓNDE VAN LA HISTORIA Y LA HISTORIOGRAFÍA?

La aridez del texto historiográfico traducida en hechos, circunstancias, fechas, entornos y personajes completamente desvinculados del sentir del hombre y de la mujer, luce hoy desfasada. El hecho histórico contado desde la glosa de la epopeya y de lo heroico del ayer, se abre paso a una noción más cercana a la naturaleza humana: sus vicios y sus encantos, sus triunfos y sus fracasos, hasta hacerse parte y todo

de lo contado como experiencia de lo vivido. Los héroes están siendo bajados de sus nichos, y con ellos sus hazañas. Esto no quiere decir que las circunstancias del pasado deban ser redimensionadas a la luz (y a la fuerza) del presente como condición *sine qua non* del hecho metódico. Pretende, eso sí, deslastrar a lo historiográfico de todo atisbo de un romanticismo que ha hecho de los sucesos de nuestra historia reciente una cantera del panegírico y de la alabanza, de míticos triunfadores, de personajes legendarios deslastrados de su naturaleza finita, para convertirse en gladiadores, en seres omnipotentes y sempiternos, en entidades ubicadas más allá del bien y del mal y por encima de lo meramente humano, para convertirse en semidioses: exentos de tropelías, de errores y de bajezas, tocados por la divinidad en todos y cada uno de sus actos, imposibilitados para caer en la desgracia, para hundirse en el estercolero de la historia, para equivocarse como consecuencia de la debilidad de lo telúrico. Seres desfigurados en su esencia, castrados en sus ansias, ennoblecidos mediante artilugios, hasta transformarse en personajes de ficción, en hombres y en mujeres inmunes a los desvaríos y a la enfermedad, en héroes de una sola pieza sin pensamiento propio y sin atisbos de esencia humana.

¿Hacia dónde van la historia y la historiografía?, nos preguntamos de inmediato, no sin el temor a caer en los determinismos propios de quien abraza un nuevo rayo de luz en el horizonte, o de quien intenta asirse de un fantasma. Creemos —eso sí— que una nueva noción de la historia y de la historiografía deberá asumir el hecho o la circunstancia acaecida desde lo humano, en sus más recónditos intersticios, sin que queden por fuera cada una de las variables que hacen de la existencia un experiencia profundamente conmovedora, sufriente, lacerante y a la vez deliciosa, que nos marca desde el nacimiento hasta la tumba, en una suerte de ruleta rusa en la que nos jugamos el existir a cada instante, y aunque queramos a veces salir del juego, insistimos una y otra vez de manera empecinada en sus predios y en sus portentosas reglas.

Aspiramos a una historiografía contada desde los referentes fácticos, desde los documentos históricos, pero que nos muestre en su más

profunda sensibilidad gnoseológica los hilos sutiles que desde antiguo han movido la vida de las personas, y han hecho posible la existencia y el devenir de los pueblos. Una historiografía contada desde el corazón de los personajes históricos, desde sus sentimientos, desde sus entrañas sacudidas —las más de las veces— por la tragedia ática y el sinsentido civilizatorio. Una historiografía que ponga como centro de sus atenciones a un hombre y a una mujer que sienten, aman y odian, que crean y destruyen, que son capaces de actos sublimes y de las más abyectas pasiones. Una historiografía contada desde la verdad y no desde la posibilidad del hecho histórico, que conjunte las piezas desperdigadas de una cuadratura cartesiana, que busca la comprensión de los fenómenos bajo esquemas didácticos, pero completamente fragmentados y desvinculados de sus contextos y de sus variables. Una historiografía que ame la existencia, pero que no se encadene a ella a ultranza y a ciegas¹⁶.

Es posible una historiografía que no se erija en fin, sino que sea un medio para la búsqueda permanente de los hechos en su justa dimensión histórica y social. Una historiografía que no sea arma política con la que se pretenda desvirtuar la verdad, sino que sea un camino que nos permita un tránsito sin los artilugios propios de la demagogia y el engaño. Una historiografía como herramienta científica, que ausculte en los hechos sin descontextualizarlos, sin banalizarlos, sin llevarlos con fórceps a ser materia prima para un mercado ávido de novedades. Una historiografía apegada a las normas, pero que no sea esclava de ellas ni de sus álgidas cuadraturas y que se abra espacio en un mundo expectante, incierto, que busca con afán lo *caórdico* (es decir: caos-orden-caos-orden) en pos del develamiento de la verdadera naturaleza del ser y sus inmensas posibilidades salvíficas.

Creemos en una historia y una historiografía de lo profundo, que mire entre líneas lo no abordado por la historia oficial (u oficiosa), que busque desentrañar la verdad de los hechos, independientemente de cuáles sean los héroes y cuáles los caídos: de su sexo, condición social, ideología, religión y miserias. Una historia y una historiografía con héroes y heroínas, pero sobre todo con seres humanos plenos en

su condición de personas, que se miren en el espejo de sus actos y respondan por sus consecuencias. Una historia y una historiografía que vaya en busca de lo menudo, más que de lo grandilocuente, porque es allí en donde anida la verdadera trama de la vida y sus vastas complejidades. Una historia y una historiografía del detalle, de las ideas y de las circunstancias, más que de las epopeyas, que intente develar el otro lado del personaje real para mostrárnoslo en su liviandad, en su desmesura, en su desvarío existencial e histórico, así como también en sus razones y certezas, en sus acciones y determinaciones, pero sobre todo en sus silencios.

Una historia y una historiografía que como binomio vaya de la mano en la conquista de grandes escenarios para la discusión, para el debate y el análisis sincero y crítico de todo aquello que yace en su seno, sin verdades preconcebidas, sin reacomodos necesarios, sin interpretaciones unidimensionales que achaten el verdadero significado del hecho histórico, hasta desvirtuarlo en la fantasmagoría. Una historia y una historiografía que desde su antinomia no se anulen ni se diluyan en la nada, sino que se complementen en una suerte de simbiosis perfecta entre lo vivido y lo contado, entre lo esperado y lo hallado. Una historia y una historiografía como proceso dinámico, cambiante, que busque ir a las entrañas del “conocimiento”: ese que mira a la verdad que anida en cada ser y que como espejo refleje su propia e ineludible interioridad; sus luces y sus sombras, sus temibles y certeros claroscuros.

Si “el método es aquello que nos ayuda a conocer y es también conocimiento”¹⁷, la historiografía como camino en la búsqueda fenoménica no podrá obviar la realidad de lo estudiado, la dialógica de los opuestos, la interdependencia de variables y aspectos que hacen de las partes y el todo, del todo y las partes, una unidad diversa, múltiple, interconectada e interrelacionada en dinámica envolvente, cuyos vasos comunicantes permiten el intercambio que enriquece y que sitúa al fenómeno en su justa dimensión ontológica y humana. Ya no se trata de hechos aislados y descontextualizados, sino que su inmanencia es intrínseca al hombre y a la mujer y a su realidad tempo-espacial, hasta

alcanzar la estatura de “hecho histórico”, pero no por ello irrefutable e inamovible, de allí su importancia.

En definitiva: una historia y una historiografía que no sólo develen al hombre y a la mujer en las profundidades de sus procesos y complejidades, de sus normales y esperadas ambivalencias, sino que los diluya, que los funda en su magma para hacerse parte y todo de lo contado, objeto y sujeto de su pluridimensionalidad epistémica; medio y fin para alcanzar los más elevados sueños. Una historia y una historiografía desmitificadas, sin las sujeciones reales y aparentes al historicismo como hecho incontrovertible, cuasi-religioso, que busca rendir culto a lo científico como tabla de salvación de una humanidad perdida. Porque si bien “hay aspectos de la historia que pueden explicarse desde enfoques distintos, a los que se les pueden dar interpretaciones matizadas, ...siempre hay (o *habrá*) una base objetiva”¹⁸, de igual modo siempre hallaremos quien nos cuente lo mismo sin pretender poner de rodillas la libertad de aceptar o no lo que se nos diga, sin tener que claudicar en nuestro fuero interior y dejar a la vera del camino nuestra potestad única y privilegiada de poner todo en duda, de dibujar en el horizonte un enorme signo de interrogación.

5. REFLEXIONES FINALES

Se observa en todo este proceso vivido hasta el presente una falsa percepción de lo fenoménico y su indagación desde el método. Se requiere con urgencia entonces una historia y una historiografía que develen el alma humana, que nos la muestren en sus más claros intersticios y en sus más oscuros laberintos. Este binomio que se erige en sí mismo camino y búsqueda, certeza y absoluto, deberá otear el horizonte en un empeño por devolver al hombre y a la mujer la dignidad perdida desde lo contado como definitivo y desde lo erigido como memoria del ayer y del ahora. Se perfila de tal modo una nueva historiografía deslastrada de lo atávico como prejuicio metódico, para transformarse en un proceso humanista, diáfano, menos preocupado

por la forma y por las normas, para adentrarse en las profundidades del ser como expresión de lo real-vivido, y también de lo anhelado. En esa necesaria dialógica que busca contraponer las dos caras de una misma moneda como idea del todo y las partes, podrá incluirse también lo unívoco y lo diverso, lo abstracto y lo concreto, la luz y las sombras en un juego en el que el destino del hombre y de la mujer, así como su tragedia ática, interaccionen en un ir y venir en isócrono oscilar del tiempo real y del tiempo aparente. Una historiografía que no mitifique el fenómeno, ni lo divinice, sino que lo conecte en su devenir y nos lo muestre en su justa dimensión ontológica, ética y social.

Avanzamos hacia una historia y una historiografía con conciencia, que busca permear los referentes y las fuentes para hacer de ellos representaciones del hombre y de la mujer en sus múltiples rostros, sin prejuicios ni preconcepciones ancladas a ideologías, sexo, religión, condición social y otros determinismos. Un proceso en el que se nos muestren, no sólo las certezas del devenir humano y sus connotados triunfos (cultura y civilización), sino también sus profundas contradicciones, sus errores y también sus grandes iniquidades.

Se aspira a una historia y una historiografía alejadas de la epopeya como arquetipo del pasado, para poner en sus páginas héroes y heroínas de carne y huesos, así como también seres derrotados que, por perdedores, no son menos importantes a la hora de la comprensión del presente como lectura de lo vivido. En ese ir y venir, en ese isócrono oscilar entre la regresión al ayer y la progresión a futuro, se mueve la ciencia y sus ingentes productos. La complejidad de los procesos sociales nos dice entonces que no se podrá comprender el pasado sin el anclaje al presente ni su proyección al porvenir (eso que se denomina como "bucle pasado / presente / futuro teniendo en cuenta el sentido de las complejidades propias a la evolución histórica"¹⁹). Devenir como visión tridimensional constituye de esta forma un mecanismo adecuado a la hora de sopesar la concretud de una ciencia, que aspira a revelar el pasado desde el presente como noción de civilidad y de progreso. Nada de lo que hagamos con los hechos del pasado podrá servirnos de lección para el ahora si en el ínterin desmontamos todo aquello que nos hace más humanos.

Referencias

- 1 E. Morin y Kern. *Tierra patria*. Nueva visión. Buenos Aires, Argentina, 1993.
- 2 R. Gil Otaiza. *Tiempos complejos. ¿Fin del método científico?* Fondo Editorial de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela, 2010:
- 3 *Ibidem*.
- 4 *Ibidem*.
- 5 M. Vargas Llosa. *La verdad de las mentiras*. Alfaguara. Madrid, España, 2003.
- 6 C. Pacheco y L. Barrera Linares. *Del cuento y su alrededores. Aproximaciones a una teoría del cuento*. Monte Ávila Editores Latinoamérica. Caracas, Venezuela, 1992.
- 7 E. Morin. *La cabeza bien puesta. Repensar la forma reformar el pensamiento. Bases para una reforma educativa*. Nueva visión. Buenos Aires, Argentina, 2002.
- 8 E. Morin. *El método 3. El conocimiento del conocimiento*. Ediciones Cátedra. Madrid, España, 2006.
- 9 *Ibidem*.
- 10 F. Capra. *La trama de la vida*. Anagrama. Barcelona, España, 2006: 318.
- 11 *Ibidem*.
- 12 R. Piglia. *El último lector*. Anagrama. Barcelona, España, 2005.
- 13 *Ibidem*.
- 14 *Tiempos complejos. Op. cit.*
- 15 *El último lector. Op. cit.*
- 16 *El método 3. Op. cit.*
- 17 E. Morin. *Educación en la era planetaria*. Gedisa. Barcelona, España, 2002.
- 18 F. Savater. *Ética de urgencia*. Ariel. Bogotá, Colombia, 2012.
- 19 E. Morin. *¿Hacia dónde va el mundo?* Paidós. Madrid, España, 2011.

Bibliografía

Capra, F. (2006). *La trama de la vida*. Anagrama. Barcelona, España, 2006.

Gil Otaiza, R. (2014). *Tiempos complejos ¿Fin del método científico?* Vicerrectorado Administrativo de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

Morin, E. y Kern, A. (1993) *Tierra patria*. Nueva visión. Buenos Aires, Argentina.

Morin, E. (2002). *La cabeza bien puesta. Repensar la forma reformar el pensamiento. Bases para una reforma educativa*. Nueva visión. Buenos Aires, Argentina.

Morin, E. (2002). *Educación en la era planetaria*. Gedisa. Barcelona, España.

Morin, E. (2006). *El método 3. El conocimiento del conocimiento*. Ediciones Cátedra. Madrid, España.

Morin, E. (2011). *¿Hacia dónde va el mundo?* Paidós. Madrid, España.

Pacheco, C. y Barrera Linares, L. (1992). *Del cuento y su alrededores. Aproximaciones a una teoría del cuento*. Monte Ávila Editores Latinoamérica. Caracas, Venezuela.

Piglia, R. (2005). *El último lector*. Anagrama. Barcelona, España.

Savater, F. (2012). *Ética de urgencia*. Ariel. Bogotá, Colombia.

Vargas Llosa, M. (2003). *La verdad de las mentiras*. Alfaguara. Madrid, España.